



La experiencia de ser mujer

The experience of being a woman

Maritza Macín*

Resumen: En 1935 la pintora mexicana Frida Kahlo pintó el cuadro titulado “Unos cuantos piquetitos” para exponer la violencia contra las mujeres. A partir de ésta imagen reflexionamos sobre la violencia hacia las mujeres. Este artículo es un testimonio de una mujer madura sobre la violencia ejercida por hombres contra las mujeres; ejercida por mujeres; y la lucha personal y social por denunciar la violencia y superarla. El testimonio relata la violencia sufrida en la niñez, por parte de su madre; la sufrida por sus parejas sentimentales y cómo superó el dolor para intentar ser mejor madre y abuela.

Palabras clave: Testimonio. Violencia. Familia. Lucha.

Abstract: In 1935, the Mexican artist Frida Kahlo painted her painting titled A Few Small Nips, to expose violence against women. From this image, we reflect on violence against women. It is the testimony of a mature woman about violence, perpetrated by men against women, or exercised by women, and the personal and social struggle to denounce violence and overcome it. The testimony narrates the violence that she suffered in her childhood by her mother; also the one that she suffered by her sentimental partners, and how she overcame the pain to try to be a better mother and grandmother.

Keywords: Testimony. Violence. Family. Fight.

Este artículo me brinda la oportunidad de trabajar con dos temas que son muy importantes para mí: la escritura y la experiencia. La experiencia personal, familiar, social, eclesial, política, etc., es decir, la experiencia humana desde la particularidad de ser mujer. Es posible escribir desde diferentes puntos de partida, como el resumen de un artículo escrito por otra/otro autora/autor; la entrevista que parte de la oralidad y de la que hay que hacer una transcripción; recrear la biografía de personajes históricos; crear historias inspiradas en hechos reales; la narrativa personal que viene de la experiencia; etc.

* Possui graduação em Licenciatura em Música pela Universidade Federal do Rio Grande do Sul (2002) e em Educação Cristã pela Escola Superior de Teologia (1994). Cursou o mestrado na Escola Superior de Teologia (2005-2007) na área de Religião e Educação, com ênfase em educação comunitária na infância e na juventude. Atualmente é bolsista CAPES da Escola Superior de Teologia (EST), cursando doutorado em Teologia. Contato: edsonponick@gmail.com



Escribir se convierte en experiencia personal cuando relato mis recuerdos de ser una niña de trece años que pretendía ser mujer, que tenía prisa por ser adulta y dejar atrás la niñez; cuando interpreto a Eggert en “Unos cuantos piquetitos”¹ y puedo identificar aquellos momentos de mi vida en que he sido violentada; cuando transcribo una auto-entrevista y recuerdo los eventos que me han convertido en la mujer que soy hoy, así también puede replantearme hacia dónde quiero ir en mis próximos años; y cuando leo a Althaus-Reid² sobre la teología torcida como alternativa para forzar a la inclusión de la mujeres en nuestras iglesias y sociedades.

La discusión en grupo es, sin duda, otra gran herramienta del trabajo creativo, no es fácil defender las ideas, argumentar frente a un grupo e incluso tener que relatar la experiencia personal. El testimonio siempre tiene una fuerza importante, impacta a la otra o al otro desde las emociones, sean éstas de simpatía, sean de antipatía. También significa desarrollar la habilidad de escuchar a la otra, al otro con respeto aun cuando no hubiera coincidencia con mi manera de actuar frente a temas como la violencia doméstica o la diversidad sexual. El trabajo en equipo basado en el respeto mutuo y el reconocimiento de las diferencias de género, nacionalidad, tradición religiosa o edad enriquece mucho la experiencia.

Mis padres se conocieron en la iglesia metodista de México. Mi papá llegó como seminarista a una iglesia cuyo pastor tenía siete hijas jóvenes, se casó con una de ellas al terminar el seminario, justo antes de ser ordenado pastor. Yo nací tres semanas antes de que ellos cumplieran nueve meses de casados, mi mamá solía aclarar a los que pretendían sugerir cualquier razón morbosa, que se había caído en la bañera el día anterior y el golpe adelantó mi nacimiento. Como sea, el caso es que llegué adelantada e inoportuna en septiembre de 1957.

Mi mamá solía contar que cuando regresó a la ciudad de México de su “Luna de miel”, sufría náuseas y vómitos y así supo que ya estaba embarazada. Lo decía siempre con molestia, recuerdo sus gestos de disgusto porque según ella yo no le permití gozar más de su vida conyugal. Vivimos en la itinerancia propia del metodismo, en el norte del país. A cada un año y dos meses nacía una nueva criatura hasta llegar a cinco: cuatro mujeres y un hombre.

Un hecho muy doloroso que marcó la historia de mi familia fue la muerte de mis dos hermanos más pequeños. Un sábado de octubre de 1962, mi hermana Dorita, que era la más pequeña y tenía tres años, fue operada de apendicitis y, estando anestesiada, cayó de la camilla y sufrió una conmoción cerebral. Murió unas horas más tarde en los brazos de mi mamá. El miércoles

¹ EGGERT, Edla. A apatia de quem olha: a violência naturalizada. In: EGGERT, Edla. (Org.). *(Re)leituras de Frida Kahlo: por uma ética estética da diversidade machucada*. Santa Cruz do Sul: EDUNISC, 2008, v. 1, p. 75-83.

² ALTHAUS-REID, Marcela. Yo soy la desintegración. In: EGGERT, Edla. *(Re)leituras de Frida Kahlo: por uma ética estética da diversidade machucada*. Santa Cruz do Sul: UNISC, 2008. p. 94-100.



siguiente mi hermano Raúl comenzó a tener fiebres muy altas, le diagnosticaron poliomielitis y murió el sábado. O sea, mis papás sepultaron a dos de sus hijos en una semana. A las tres que quedamos nos mantuvieron fuera de la casa, estuvimos con una familia hermana de la iglesia.

En 1969 volvimos a ser cinco hermanos, nacieron Araceli y Héctor a quienes les llevo 11 y 12 años respectivamente. Por esto siempre fui la mayor para bien o para mal. Para bien cuando me tocaba estrenar vestidos y zapatos que después usarían mis hermanas menores o cuando yo podía ir a lugares solo para “mayores”; y para mal cuando ellas o él hacían travesuras, a mí también me tocaban gritos y golpes por no haberlos cuidado; decía mi mamá que yo era responsable por ellos.

Mi mamá era muy violenta e impulsiva y mi papá fue un hombre reflexivo, sereno y muy cariñoso hasta que la diabetes lo afectó tanto que su humor se volvió muy irascible, pero eso fue en los últimos años de su vida, cuando ya era bisabuelo.

Por eso para mí la violencia tiene cara y manos de mujer.

Ahora que ya soy abuela, supongo que el haberme adelantado al nacer y el ser la mayor de siete hermanos me hizo ser tan apurada para vivir. A los trece años tenía prisa por ser una mujer adulta, por ser independiente. La edad en la que quería ser como las modelos de las revistas de moda, vestir minifaldas y hot pants con botas altas; o ser una hippie que no usara brasier y trajera los cabellos largos atados con una cinta de color que atravesara por mi frente. Tal vez por eso mismo me gustaban los muchachos de 20, que ya estaban en la universidad y que no me hacían caso.

Como dice Laura Manrique, “Acercarme a la obra de Frida Kahlo me provocó evidenciar mi propio sufrimiento, es decir, el sufrimiento del cual hemos sido víctimas muchas mujeres. Esto pasa por dos sentimientos encontrados, ¡indignación y vida!”³.

Me casé por primera vez a los 18 años, desde entonces yo tenía el pensamiento inconfesable de huir de mi madre, de su excesivo control que pretendía limitar hasta mi deseo sexual y la ropa que debía usar. Y como debía de ser, según Freud, me casé con un hombre que me controlaba y exigía hasta la talla que debía observar para ser “correcta”. Yo quería ser libre por medio del matrimonio y me encontré con otro tipo de ataduras.

En esa misma época tuve mi primer acercamiento al movimiento feminista, recuerdo particularmente un taller para mujeres en que hablé de la violencia de mi madre y la coordinadora me insistió en que la violencia la ejercían los hombres, así que seguramente mi padre “hacía algo

³ MANRIQUE NAVA, Mari Laura. Cuando el dolor in-digna: genera vida! In: EGGERT, Edla. *(Re)leituras de Frida Kahlo: por uma ética estética da diversidade machucada*. Santa Cruz do Sul: UNISC, 2008. p. 165-179.

que volvía violenta a mi mamá”. La interpretación de esta feminista no me checaba con lo que yo había vivido y me distancié de ese movimiento.

Encontré otras plataformas de lucha para cambiar al mundo, la de los movimientos sociales y políticos de izquierda, el Partido Comunista Mexicano a los que la agenda de las mujeres llegó mucho después de iniciado el movimiento feminista con el que no me identificaba mucho hasta que observé que el Comité Central siempre estaba formado por hombres y que mucho del trabajo de base lo realizábamos las mujeres. Así algunas comenzaron a impulsar el concepto de “porcentajes o cuotas” para garantizar la participación femenina en el proceso de democratización del país.

A los 20 años fui madre por primera vez, una hija que caminó pacientemente conmigo, viéndome crecer y aprender sobre ser madre y cuidarla. A los 27 me volví a casar, un matrimonio que a diferencia del primero duró 26 años, formamos una familia con mi hija, la hija de él y el hijo que tuvimos en común. Compartimos el anhelo por una sociedad mejor, la lucha contra las injusticias, la militancia política. Pero en este matrimonio conocí otra forma de la violencia, la que no grita ni golpea pero descalifica y humilla y va minando poco a poco la voluntad, la inteligencia y la capacidades de la otra.

Como dice Marcela Lagarde

La servidumbre voluntaria se encuentra en las más diversas formas de patriarcado; aparece aún en las sociedades avanzadas con tendencias genéricas democráticas, o en espacios democráticos de sociedades autoritarias como la nuestra. Mujeres que tienen condiciones económicas, sociales y culturales que les permitirían vivir en mejores condiciones asumen como servidumbre algunos espacios de su vida ⁴.

Me casé a los 18 años huyendo de mi mamá y a los 52 volví divorciada por segunda vez y desempleada para reinventarme una vez más. A la muerte de mi papá quedó evidenciada la fragilidad de mi mamá, no sabía usar un cajero automático, no podía llevar una cuenta de banco, le cortaban los servicios porque no ponía atención en las fechas de corte, así que yo me hice cargo de administrar su casa, llevarla al médico, a comprar ropa, etc. A dos años de vivir con ella sufrió un derrame cerebral que la ha ido incapacitando lentamente y cada día la veo más dependiente de mí.

Cuando le hicieron los estudios neurológicos para conocer el daño que había causado el derrame, encontraron cicatrices de daño en su cerebro, probablemente en la infancia. Así me di a la tarea de investigar con mis tías y supe que mi mamá a la edad de cuatro años sufrió erisipela con fiebres muy altas por un tiempo largo, en aquella época no existían los antibióticos. Y le pregunté a la mayor de mis tías: ¿por qué mi mamá decía, cuando le daban sus crisis de enojo, que ella estaba

⁴ LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela. Los cautiverios de las mujeres: madresposas, presas, putas, monjas y locas. Ciudad de México: UNAM/PUEG, 2005, p. 165.

loca como su abuelita y que deberíamos internarla en un manicomio como a ella? Yo buscaba una explicación a la “locura” de mi mamá en el campo neurológico que podía venir de las secuelas de su enfermedad infantil.

Pero la historia que me contó mi tía Agustina me llevó a otro campo, su abuelita Guadalupe fue arrojada por su esposo desde una azotea en un acto de violencia contra ella, del golpe quedó totalmente desconectada de la razón, por ello pasó el resto de su vida en un manicomio dejando a una niña de un año al cuidado de un padre alcohólico y violento. Esa niña María fue la madre de 19 niños y niñas de los cuales vivieron nueve. Una vez que la fui a visitar para contarle que estaba embarazada de mi segundo hijo, me dijo: “Pobrecita de ti, hija”, para ella el alumbramiento era un pesar impuesto a las mujeres y lo vivía con duelo.

María fue una mujer muy violenta. Ahora entiendo con la razón el origen de su violencia, también que así haya educado a sus hijos. Mi mamá nos decía cuando éramos niños que cuando su mamá la golpeaba ella oraba a Dios para pedirle que cuando ella fuera mujer le diera muchos hijos para golpearlos y que así había sido...

Sí, puedo entender porque María fue cómo fue y, también, el origen de la conducta de mi mamá a la que sumó el daño neurológico causado por una enfermedad infantil, pero a mi corazón le duelen las heridas, esos piquetitos.

Ahora no pienso en culpables e inocentes; de alguna manera todos/todas podemos estar en cualquiera de los dos lados de la violencia, la misma Frida herida, hería a otras mujeres seduciendo a sus parejas, a Natalia Sedova esposa de Trotsky, entre otras. Ahora me inquieta encontrar formas de romper esa cadena de violencia y transformarla en amor para mi hija, para mis nietas y mi sobrina que son la generación más reciente en línea materna, para las que no deseo esa experiencia de vida.

Referências

ALTHAUS-REID, Marcela. Yo soy la desintegración. In.: EGGERT, Edla. *(Re)leituras de Frida Kahlo: por uma ética estética da diversidade machucada*. Santa Cruz do Sul: UNISC, 2008. p. 94-100.

EGGERT, Edla. A apatia de quem olha: a violência naturalizada. In: Edla Eggert. (Org.). *(Re)leituras de Frida Kahlo: por uma ética estética da diversidade machucada*. 1ed. Santa Cruz do Sul: EDUNISC, 2008, v. 1, p. 75-83.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, presas, putas, monjas y locas*. Ciudad de México: UNAM/PUEG, 2005.

MANRIQUE NAVA, Mari Laura. Cuando el dolor in-digna: genera vida! In: EGGERT, Edla. *(Re)leituras de Frida Kahlo: por uma ética estética da diversidade machucada*. Santa Cruz do Sul:



UNISC, 2008. p. 165-179.

[Recebido em: dezembro de 2016 /
Aceito em: dezembro de 2016]